

# **YA NO QUIERO CALLAR**

**AURA ROCÍO RESTREPO**

**MI HISTORIA COMO TESTIGO,  
AMANTE Y CONFIDENTE  
DE GILBERTO RODRÍGUEZ OREJUELA**

 **Planeta**

## Aura Rocío Restrepo

Nació en 1967 en Cali, Colombia. Estudió Administración de Empresas pero no alcanzó a obtener el título porque fue elegida por decreto representante del Valle del Cauca al Reinado Nacional del Turismo en 1988. Tiene tres hijos y actualmente está dedicada a sacar adelante un proyecto piscícola enfocado en las poblaciones desplazadas y minorías en alto grado de pobreza.

*A mis hijos, mi razón de vida, por ser esos guerreros,  
pequeños triunfadores, que me demostraron que el amor  
es más fuerte que el maltrato.*

*A Dios, a Ifá y Orisa, a mis ancestros, a mis padres, a mi  
familia y mi nietecita, a mis padrinos, a mis amigos, que  
me sostuvieron junto al precipicio y aguantaron  
con paciencia mis lamentos.*

*A Rubén, el hombre que amo inmensamente  
y al hijo que tendremos algún día.*



## CAPÍTULO 8

### Escuchando a Pablo

Sin mucho por hacer, encerrada por largas e interminables horas, solo con los libros y un televisor, Gilberto me asignó una delicada labor mientras trabajaba en su oficina al lado de nuestra habitación: escuchar las conversaciones interceptadas a Pablo Escobar.

La peligrosa tarea de monitorear al capo de Medellín fue encomendada por Gilberto a ‘Tony’, su jefe de comunicaciones, quien viajó a Medellín e instaló los equipos —los más modernos de la época y comprados en el exterior— en uno de los edificios más altos en el centro de la capital de Antioquia.

‘Tony’ llamaba todos los días por teléfono a dar un reporte diario sobre las actividades de Escobar y en las noches enviaba los casetes en el último vuelo de Avianca.

Mi tarea consistía en oír detenidamente cada conversación, cada frase y copiar en otra cinta cuando Pablo o alguien de su organización se referían a atentados con bombas, al cartel de Cali o a las autoridades; en otras palabras, lo que sonara diferente.

En aquella época existían las grabadoras de casete a casete y en una de ellas iba armando las compilaciones que después Gilberto escuchaba una y otra vez. Luego me pedía hacer varias copias y se las enviábamos a ‘Pacho’, a ‘Chepe’ y a su hermano Miguel, quien tenía contacto directo con el general Miguel Maza Márquez, director del Departamento Administrativo de Seguridad, DAS, a quien le hacía llegar las cintas con un mensajero enviado rutinariamente a Bogotá.

De esta forma se pudieron evitar varios atentados y se mantuvo informado al Gobierno de los movimientos del principal enemigo del Estado, aunque esa colaboración no logró que ellos se ganaran el afecto o los favores del General, aunque sin duda les tenía menos animadversión que a Escobar. Además, en las grabaciones que yo escuchaba era evidente que Pablo tenía en la mira a Maza para eliminarlo de cualquier manera, sin importar el costo.

Al general Maza le enviamos de urgencia una conversación interceptada a Pablo horas después del atroz atentado contra la sede del DAS el 6 de diciembre de 1989 y en el que murieron más de cien personas. En la

grabación, el capo reclamaba en duros términos por el fracaso de la misión y hacía énfasis en que se cumpliera su orden de eliminar al oficial. El envío del casete tuvo un doble objetivo: que Maza se comprometiera a fondo en la persecución a Escobar, que había matado decenas de inocentes con tal de matarlo, y que entendiera la necesidad de aliarse hasta con el diablo para ganar la guerra contra el cartel de Medellín.

Al cabo de escuchar y escuchar a Pablo me impresionaba la calma que se percibía en su voz. Se pueden contar con los dedos de la mano las ocasiones en que dijo vulgaridades o se exaltó al punto de perder el control. Solo una vez se enfureció, cuando los militares allanaron la residencia de Hermilda, su madre. En una conversación con uno de sus sicarios, Pablo se refirió al general Harold Bedoya, comandante de la Cuarta Brigada del Ejército en Medellín: “¿Ese huevón de Harold será que piensa que él también no tiene mamá?”.

Un instante clave en la guerra también quedó grabado. El más duro golpe a Escobar, el 12 de agosto de 1990, con la muerte de Gustavo Gaviria, su primo, el hombre más cercano, su principal cómplice.

Cuando escuchamos el audio, Gilberto no pudo ocultar su satisfacción. Era una llamada al número de emergencias de la Policía Nacional en la que se escuchaban los gritos desesperados de Gustavo Gaviria pidiendo auxilio porque según él “ya están entrando

y me van a matar”. La comunicación se cortó con el estruendo de numerosos disparos.

Otro casete registró un episodio ocurrido en un retén militar, cuando fue retenido Roberto Escobar Gaviria, alias ‘el Osito’, hermano de Pablo. Sucedió poco después del asesinato de Luis Carlos Galán y nosotros estábamos escondidos en La 40, una casa por el barrio el Limonar, en Cali.

Los soldados le permitieron a ‘Osito’ hacer una llamada y este se comunicó con Pablo, quien le preguntó quién era el oficial con el grado más alto en ese sitio. ‘Osito’ respondió que un teniente y lo puso al radio.

Las palabras de Pablo fueron claras y tranquilas, pero sobre todo efectivas: “Vea, yo plata tengo, pero hermano no tengo sino uno, así que póngala como quiera”.

Luego, Pablo se comunicó con ‘Don Abel’ —como le decía a Jorge Luis Ochoa, otro de los capos del cartel de Medellín—, le contó el episodio y le dijo que como estaba en el monte escondido necesitaba doscientos mil dólares prestados para liberar de inmediato a su hermano, “antes de que se caliente la vuelta”. Terminó diciendo que los devolvería la semana siguiente, cuando tuviera cómo mover la plata. ‘Osito’ fue dejado en libertad esa misma noche y nunca escuchamos en las noticias que el hecho hubiera existido.



En otro episodio, John Jairo Arias, alias ‘Pinina’, le informó a Pablo por radioteléfono que varios abogados de Cali se acababan de hospedar en el hotel Intercontinental de Medellín. “¿Y esos qué?”, preguntó el capo. “No, pues que son de Cali”, replicó ‘Pinina’, seguramente esperando la orden para llevárselos y ganarse una jugosa recompensa, como era usual en el cartel de Medellín. Pero Pablo pronunció otra frase que no se me olvidó jamás: “Nooooo... ¿Cómo vamos a matar a los abogados, no ve que ellos son los que nos defienden? Déjelos tranquilos”.

En otro casete, que llegó después de la muerte de Galán, John Jairo Velásquez Vásquez, alias ‘Popeye’, se comunicó con su patrón y le preguntó por quién debían votar y precisó si por César Gaviria, el candidato más opcionado. La respuesta de Pablo fue premonitoria: “No, ese está en riguroso turno”.

En los casetes que yo editaba, empezamos a notar que el secuestro se convirtió en una de las principales fuentes de financiación de la guerra de Pablo. Con la maquinaria criminal que tenía a la mano, decía por radioteléfono, le resultaba fácil meter a los ricos de Medellín en una finca, alimentarlos con arroz y frijoles y quitarles todo el dinero.

Pero su forma de actuar era más que perversa: enviaba un emisario de buena voluntad que se presentaba

ante la familia como intermediario con los supuestos secuestradores y luego de entrar en confianza sonsacaba todo el dinero y más tarde el plagiado aparecía asesinado.

Pero hubo también casos en los que el desenlace fue diferente. Una vez, ‘Popeye’ llamó a Pablo desde la casa de una de sus víctimas y le dijo que estaba con la esposa de un secuestrado. En voz alta, para que el patrón escuchara, hizo el papel de conciliador y le preguntó a la señora si sabía quién sería el secuestrador y si tenían dinero para pagar el rescate. Acto seguido se comprometió a ayudarle a la familia ante los delincuentes. La mujer explicó que sus recursos eran escasos y que no tenían cómo reunir el monto del dinero exigido. Entonces, Pablo le dijo a ‘Popeye’ que se hiciera a un lado para que la señora no escuchara y le ordenó: “Suelte a ese hombre, que no tiene nada”. El lugarteniente de Escobar aceptó a regañadientes, pero pidió una doble autorización: llevarse dos carros que estaban en el garaje y “sacarle aunque sea veinte millones por las molestias causadas”. Escobar dijo que sí.

A diferencia de Escobar, que en aquella época se percibía descuidado con las comunicaciones, los de acá eran meticulosos y tenían de su lado a los ‘magos’ de la Empresa de Servicios Públicos de Cali, que instalaban una línea telefónica en una dirección y luego la redireccionaban a otra y después a otra. En sus vehículos

también montaron un sistema para transferir y redireccionar llamadas al número de la primera dirección.

Igualmente, cada semana recibían los listados completos de las llamadas que entraban desde Medellín para los miles de abonados en Cali. Los Rodríguez contrataron dos personas que pasaban largas horas revisando los números telefónicos y luego los comparaban con los que aparecían en bases de datos como enlaces de Escobar en Cali. Una vez identificado el número sospechoso, los Rodríguez ordenaban investigarlo para establecer si el usuario estaría vinculado a un eventual ataque contra ellos.

En otras muchas ocasiones escuchamos a Pablo cuando planeaba el envío de hombres a atacar al cartel de Cali y me llamaba la atención el seguimiento continuo que les hacía a sus hombres cuando estaban en la ruta hacia el Valle. Pablo no sabía que lo estaba escuchando y por esa razón muchos de los terroristas no lograban pasar del Puente del Comercio, en la entrada desde Palmira. En ese entonces no había muchas rutas de entrada a Cali y los hombres de los Rodríguez los interceptaban en ese sitio, los torturaban hasta sacarles la información y en la mayoría de los casos los lanzaban al río Cauca, a veces atados y amordazados, pero con vida.

Pero también nos aterraba la faceta de malvado que Pablo exhibió en la parte más dura de la guerra.

Como cuando les pagaba jugosas sumas de dinero a quienes asesinaran policías en Medellín. Por radioteléfono le preguntaban cómo demostrar el ‘positivo’, porque todos los sicarios y pandilleros de las comunas de Medellín buscaban la oportunidad de matar a un uniformado para recibir un pago. Con una mezcla de burla y cinismo decía que entregaran el dinero cuando el sicario llevara como prueba la copia del periódico donde apareciera la noticia del crimen.

En Cali siempre nos llamó la atención el tono con el que Pablo hablaba con su familia por radioteléfono. A Manuela, su hija menor, siempre le habló con inmensa ternura. En una de las comunicaciones que escuché, la niña le decía que viera cómo estaba de linda y le describía sus vestidos. Él respondía que siempre estaba linda y bella, pero por la radio no la podía ver.

Indudablemente, los hijos lograban sacar lo poco bueno que había en Pablo, en otras palabras eran su punto débil y su esposa su adoración. Los Rodríguez y sus socios del cartel estaban al tanto de la cercanía entre Pablo y su familia y no ocultaban su respeto por ello. Hasta que un día Fidel Castaño fue a Cali y los convenció de que Pablo se derrumbaría el día en que a quienes amaba estuvieran en peligro. Así fue.